

## Review / Reseña

Fernando Degiovanni. *Vernacular Latin Americanisms: War, the Market, and the Making of a Discipline*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2018.

**Álvaro Fernández Bravo**

CONICET

El debate en torno a la formación del latinoamericanismo lleva algunas décadas de producción crítica, pero queda aún mucho por decir sobre el sinuoso recorrido de la disciplina. América Latina tiene el raro privilegio de ser la única región del mundo definida por un significante simbólico: la lengua (el latín), la cultura o la raza (latina), la coexistencia de elementos europeos y no europeos en tensión que el adjetivo “latina” por supuesto encubre, dejando sin nombrar tanto al mundo indígena como al africano y al asiático que también forman parte del legado cultural y social de la región. ¿Puede un conjunto de saberes determinados por la intersección de la cultura y el territorio ser otra cosa que vernáculo? El libro de Fernando Degiovanni postula que sí, y se concentra en algunos itinerarios diversos de la formación cultural latinoamericanista. El viaje es uno de los grandes temas del latinoamericanismo y este libro reconstruye derroteros intelectuales con atención por sus huellas en archivos y epistolarios, concentrándose en un conjunto de enunciadores estadounidenses, españoles y latinoamericanos que escribieron libros, pero en particular manuales empleados principalmente en los Estados Unidos para enseñar cursos sobre América *latina*. Degiovanni elige evitar el eje del exilio o el destierro como insumo conceptual para su libro: prefiere la guerra y el mercado como conceptos articuladores. Los libros estudiados son leídos como lo que en rigor son: manuales de College (aunque hayan sido traducidos y editados en

América *latina*, donde fueron leídos como otra cosa, en parte porque los cursos de cultura o literatura latinoamericana tienen un lugar mucho menor que en el sistema académico norteamericano y en parte por las diferentes dimensiones de los respectivos mercados editoriales). Esta decisión resulta sin duda un gran hallazgo y punto de partida para la investigación. Degiovanni confiesa haber comprado el último volumen en el que centra su estudio, la *Historia de la literatura hispanoamericana* (1957) de Enrique Anderson Imbert, publicada por Fondo de Cultura Económica y uno de los best-sellers de la editorial, con cien mil copias vendidas, en la mesa de saldos de un supermercado en Córdoba. Este reseñador hizo lo mismo algunos años antes en Buenos Aires.

En torno a la pregunta por la naturaleza de América Latina como formación cultural e ideológica se agrupan un conjunto de cuestiones que resuenan en estudios recientes y permiten indagar la naturaleza de la relación entre cultura y geopolítica, o entre el gentilicio “latina” y el sustantivo al que modifica: América. ¿Qué es “América Latina” y cómo la definimos? ¿Cómo se formó este concepto y qué elementos intervinieron en esa formación? ¿Qué factores participaron en la gestación de un tejido complejo y enigmático, inestable y conflictivo, aunque también dotado de peculiaridades y de un capital cultural propio que los libros y escritos abordados en este volumen muestran, pero también las obras de arte, la historia, la sociedad y la producción científica contribuyeron a definir y afianzar? *Vernacular Latin Americanisms* retoma esas preguntas y las actualiza, valiéndose de un meticuloso trabajo de archivo en repositorios como el Colegio de México, el Archivo General de la Nación en Buenos Aires, la Residencia de Estudiantes en Madrid y los fondos de las bibliotecas de las universidades de Harvard y Stanford, así como la New York Public Library.

Se trata sin duda de un trabajo extraordinario que trae a la luz documentos desconocidos, correspondencia, artículos, publicaciones periódicas, revistas, libros y notas de siete intelectuales comprometidos con el estudio de América Latina y su literatura: Jeremiah Ford, Alfred Coester, Federico de Onís, Américo Castro, Pedro Henríquez Ureña, Luis Alberto Sánchez y Enrique Anderson Imbert. A lo largo de siete documentados capítulos, Degiovanni lee textos organizados en torno a una hipótesis fuerte: la presencia de la guerra y el mercado que permiten entender y analizar la formación de una disciplina. ¿Por qué guerra y mercado? 1898, año clave en que Puerto Rico y Cuba caen bajo el dominio norteamericano, España pierde sus últimas posesiones coloniales en el continente y concluye la guerra Hispano-cubano-americana (y por qué no, puertorriqueña también), marca sin duda un

quiebre que se continúa en las dos contiendas mundiales y en la guerra fría, amén de las numerosas guerras entre las naciones del continente ocurridas en ese lapso.

La región creció bajo la sombra de la guerra y esas guerras fueron también combates por el mercado, en el que poderes europeos y los Estados Unidos se disputaban un universo de consumidores en una región con escasa producción industrial, destino de las exportaciones de Inglaterra, Alemania y sobre todo de los Estados Unidos, además de antiguo ejido hispánico que Madrid continuó mirando con nostalgia y afán de control político y cultural. La lengua y la cultura ocupan, como en el nombre que designa a la región, un lugar central. Y la literatura, curiosamente desde una perspectiva contemporánea, fue concebida entonces como un instrumento y un arma, un recurso para conocer ese mundo, entrenar especialistas (particularmente en los Estados Unidos, donde el español adquirió en esos años el status de mayor lengua extranjera estudiada en el sistema educativo) y conquistar mercados en “non-manufacturing countries” (43). Se trata sin duda de un escenario muy distinto del presente, aunque las lenguas, la traducción y la guerra no hayan perdido actualidad en la reformulación de las humanidades, en particular para obtener información sobre el mundo árabe, nuevo antagonista del Imperio, como lo recordaba hace pocos años Emily Apter.

El latinoamericanismo, como el orientalismo del cual es tributario, comienza a conformarse en el siglo XIX, pero cobra verdadero impulso ya entrado el siglo XX, en el marco de las guerras mundiales y los ordenamientos geopolíticos que el libro reconstruye. Aunque la relación entre literatura y política ha sido observada a menudo en el campo de los estudios literarios latinoamericanos, *Vernacular Latin Americanisms* revela una huella profunda y poco estudiada: el de la lengua y la literatura en la política transnacional hemisférica. Profesores de español que operan como espías, intereses comerciales y diplomáticos agrupados en torno a la enseñanza de la lengua y la literatura, y políticas de Estado ligadas con prácticas aparentemente tan distantes como la publicación de antologías, historias literarias, ensayos, libros de viaje y conferencias sobre América Latina.

Que un doctor graduado de Harvard como Alfred Coester (1874-1958), discípulo de Jeremiah Ford en la misma universidad, instructor de español en Brooklyn Commercial High School, sea empleado por el Departamento de Estado como espía bajo el disfraz de un inocuo profesor que viaja realizando investigación para un manual de literatura resulta hoy inverosímil. Pero no lo es: Coester publicó *The Literary History of Spanish America* en 1916, la primera historia literaria de la región escrita en cualquier lengua, en el contexto de la Primera Guerra Mundial y en 1918 “he was hired to join an intelligence mission in the region that was organized by the

American Geographical Society in collaboration with the Department of War” (59). Coester estudió la influencia alemana en la región durante la Primera Guerra Mundial—pero también las colonias judías que entonces se establecían en la Argentina—y escribió, desde la perspectiva de un profesor de “español para negocios”, sobre oportunidades comerciales, hoteles y mercados potenciales para manufacturas norteamericanas. También envió informes confidenciales a Washington, como lo harían Henríquez Ureña y otros especialistas de apariencia inofensiva, oscuros profesores de literatura que operaban como informantes gubernamentales en contextos de guerra. El panamericanismo fue mirado con hostilidad por España y combatido por intelectuales españoles como Federico de Onís y Américo Castro (de quien Borges observó que “[e]l doctor Castro, en cada una de las páginas de este libro, abunda en supersticiones convencionales”, refiriéndose a su tratado sobre el español rioplatense e ironizando sobre la estilística que Anderson Imbert profesaría pocos años después). *Vernacular Latin Americanisms* nos recuerda que la literatura fue alguna vez considerada un dominio capaz de revelar los caracteres de una nación, y por lo tanto fuente de conocimiento para la dominación política, algo que ya Edward Said y George Stocking Jr., habían observado en torno al orientalismo y al surgimiento de la antropología cultural en la era del imperialismo.

El libro de Fernando Degiovanni, autor de *Los textos de la patria* (2007), un estudio clave para entender la relación entre cultura y mercado editorial en la Argentina de comienzos del siglo XX, sin duda ofrece un valioso jalón que no pasará desapercibido para quienes escribimos y trabajamos en este campo interdisciplinario y transnacional. Aunque los estudios de área hayan sido declarados exánimes con el fin de la guerra fría, los muertos que vos matáis gozan de buena salud parece decirnos este libro y otros que continúan enriqueciendo la biblioteca de estudios sobre una parte del mundo definida, acaso más que otras, por componentes simbólicos: la lengua, la cultura y un archivo multicultural donde conviven elementos amerindios, europeos, africanos y asiáticos. La guerra, como los estudios de literatura mundial nos han enseñado, mundializó la cultura y permitió abrir lo que antes parecían compartimientos estancos a un diálogo transatlántico y transnacional. Convertidas en zonas donde vender y conquistar mercados, la lengua y cierto saber cultural resultaban indispensables para desembarcar con éxito en esos horizontes. El crecimiento contemporáneo de los estudios de literatura mundial y el interés por la oferta de cursos de cultura china (en América Latina asombrosamente escasos, considerando que ya es uno de los principales mercados para exportaciones y fuente vital de inversión externa), así

como el interés por estudios de culturas no europeas demuestran que las cosas no cambiaron tanto. La cultura no es un resto decorativo y permite entender mejor a sociedades desconocidas por desidia u otras prioridades geopolíticas. Y las humanidades, defendidas por estudiosos eruditos como Henríquez Ureña o Stanley Stein, citado en el libro, ofrecen herramientas para entender el mundo, aunque el primer ministro japonés Shinzo Abe haya propuesto cerrar todos los cursos de artes liberales para privilegiar cursos puramente técnicos hace pocos años.

Vayamos ahora a algunos de los problemas que el argumento de Degiovanni permite advertir. La primera cuestión es el título del libro, la condición *vernácula* enunciada en la tapa del volumen. El estudio tiene como foco no tanto el mercado cultural latinoamericano como el mercado académico norteamericano donde el latinoamericanismo floreció de la mano de los manuales que son materia principal de análisis. Cabe señalar que *Vernacular Latin Americanisms* fue publicado por University of Pittsburgh Press, ciudad donde está radicado el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana (ILLI), fundado en 1938 bajo el auspicio de la Good Neighbor Policy, práctica política de larga influencia en el surgimiento y consolidación de los estudios latinoamericanos. Acaso no sea una coincidencia casual ya que el autor es el actual presidente del ILLI. La arqueología de las asociaciones latinoamericanistas norteamericanas ofrece hipótesis potentes para entender los procesos estudiados en el libro. Resultan importantes además del ILLI, la American Association of Teachers of Spanish—AATS—, the Hispanic Institute de Columbia University, la Hispanic Society de Nueva York y sus revistas y políticas de alineamiento internacional. Todas estas asociaciones y revistas operaron y operan principalmente en los Estados Unidos, donde tienen sus sedes y trabajan la mayoría de sus miembros, aunque también participen miembros latinoamericanos o de otras partes del mundo. Como señala Degiovanni, al comenzar tuvieron escaso eco fuera de los Estados Unidos y aunque hoy algunas hayan ampliado su radio de jurisdicción, siguen siendo organismos con fuerte anclaje en los Estados Unidos.

Es decir, aunque el volumen estudia contextos locales fuera de los Estados Unidos, el centro de atención se encuentra en el país donde el latinoamericanismo tuvo sus primeras formulaciones, aunque no las únicas. “Vernáculo” parece priorizar un lugar por sobre otros ligados de manera reticular con los centros académicos donde la disciplina se consolidó y deja en duda la pluralidad del término. En este sentido, resulta todavía difícil determinar desde donde hablan muchos de los enunciadorees que el ensayo estudia. El primero y el último capítulo están dedicados a la Universidad de Harvard, donde enseñó Jeremiah Ford, el poco recordado profesor que formó a algunos de los primeros especialistas en literatura

latinoamericana en los Estados Unidos, pero cuyo impacto fuera de Cambridge, Massachusetts, fue más bien inocuo (además una escasa producción bibliográfica, un privilegio garantizado por el *tenure*, institución desconocida en las universidades latinoamericanas). Ford no solo es ignorado fuera de Harvard (sus escasos escritos no fueron traducidos al español). Tampoco se lo conoce en los Estados Unidos. Coester fue su discípulo, designado profesor en Stanford acaso para premiar su servicio patriótico en misiones secretas a América Latina, como parece sugerir el libro (60). Y Anderson Imbert, como Américo Castro y Federico de Onís, desarrolló su labor académica principalmente en los Estados Unidos (University of Michigan y Harvard, donde se jubiló). ¿Puede seguir asignándose una ciudadanía de nacimiento a quienes han pasado grandes porciones de su vida trabajando en otro país y hasta qué punto sus obras pueden considerarse extranjeras al país donde fueron concebidas, escritas y publicadas? Las excepciones entre los siete intelectuales estudiados en el libro son Henríquez Ureña, que trabajó y vivió en la Argentina desde 1925 hasta 1946 cuando falleció y Luis Alberto Sánchez, que vivió en su Perú natal, pero con largas temporadas en el exilio, incluyendo los Estados Unidos. En otras palabras, *Vernacular Latin Americanisms* se centra en el escenario norteamericano, donde seis de los siete intelectuales estudiados se formaron o trabajaron y vivieron durante largos períodos de su vida académica.

Vale la pena hacer aquí una breve digresión para señalar una riqueza adicional recuperada en el volumen de Degiovanni: la importancia del latinoamericanismo como oportunidad de empleo para intelectuales y profesores tanto españoles como latinoamericanos bajo difíciles condiciones políticas y laborales en sus países de origen. Aunque el volumen no se interese por la cuestión del exilio, la guerra suele generarlos, y muchos de los protagonistas de este recorrido debieron salir de sus países de origen por circunstancias políticas (la guerra civil española, golpes de Estado u hostilidad gubernamental de diversos grados). Estos intelectuales fueron refugiados, además de profesores buscando empleo. Generaciones de especialistas nos hemos nutrido de las bibliotecas, asociaciones profesionales (IILL, LASA), revistas, libros, congresos, redes académicas, invitaciones, recursos y oportunidades generadas en el mundo académico de los Estados Unidos, inexistentes en otros lugares del mundo. En América Latina las bajas compensaciones, pero a veces tan solo la escasez y discrecionalidad de los puestos universitarios volvió difícil a muchos especialistas simplemente encontrar trabajo y poder dedicarse a su profesión en condiciones dignas. Los ejemplos abundan, tanto entre los visitados en el libro como en otros que no se mencionan, pero forman parte también de una historia más amplia del latinoamericanismo. De

modo que más allá de la coyuntura internacional, en los estudios literarios latinoamericanos, como en los de muchas otras disciplinas, la academia norteamericana fue hospitalaria y estratégica a la vez en su capacidad de cooptar de algunos de los mejores especialistas internacionales en distintos campos disciplinarios.

La trama política que atraviesa las disputas entre el Panamericanismo de inspiración norteamericana (Ford, Coester), el hispanismo sostenido por intelectuales españoles como de Onís y Castro y el latinoamericanismo de tradición continental que practicaron Henríquez Ureña, Luis Alberto Sánchez y Enrique Anderson Imbert, permite reconocer la guerra y el mercado, pero también otro factor soslayado en el libro: el Estado, débil en algunos casos en América Latina, pero sin embargo presente. Sabemos que Fondo de Cultura Económica, el Colegio de México o incluso del Instituto de Filología Hispánica de la Universidad de Buenos Aires donde trabajaron Castro y Henríquez Ureña, o las universidades Mayor de San Marcos o de Chile donde trabajó Sánchez, son ante todo organismos estatales financiados con recursos públicos. Incluso en los Estados Unidos, donde la alianza entre el capital privado (Stanford, Harvard) y el interés público (la Good Neighbor Policy o el Departamento de Estado, que contrató espías en el profesorado de algunas universidades) están bien articuladas, el Estado no está ausente.

Así, resultan importantes las agencias gubernamentales (incluso extranjeras, ya que España financiaba The Hispanic Society en Nueva York y ha financiado y financia cátedras y organismos en distintas universidades norteamericanas), activas en los contextos bélicos que el libro analiza. La guerra, qué duda cabe, es una actividad estatal que se valió de apoyos en el mundo académico, a menudo hechos de buena gana. El vicepresidente de los Estados Unidos durante la presidencia de Franklin D. Roosevelt, Henry Wallace, fue un activo apoyo de la Oficina Coordinadora de Asuntos Interamericanos donde numerosos intelectuales argentinos de izquierda, como María Rosa Oliver, trabajaron durante la guerra. Henríquez Ureña, según lo ha estudiado Arcadio Díaz Quiñones, con toda su ambivalencia y marcas de origen, fue siempre un defensor de la acción estatal en la actividad humanista y cultural que él consideraba imprescindible como contrapeso de la cultura de masas. De modo que el Estado también es un actor de peso en esta contienda, y puede ayudarnos a entender mejor la formación de nuestro campo disciplinario junto a muchos otros agentes involucrados en esta compleja negociación.

El siguiente punto en el que quisiera detenerme es la comparación que el libro postula entre dos mundos que tienen diferencias insoslayables: la academia norteamericana y la esfera pública latinoamericana. Jeremiah Ford y Alfred Coester, inspiradores de los primeros estudios literarios latinoamericanos en los Estados Unidos, son académicos profesionales que actúan en un dominio muy distinto del espacio donde circulan personajes como Manuel Ugarte y Rufino Blanco Fombona, pero también Ángel Rama, Gabriela Mistral o Jorge Luis Borges. Ninguno de aquellos estudiados en el libro es académico ni profesor: son intelectuales públicos, una figura característica del mundo latinoamericano con pocos equivalentes en América del Norte. Por supuesto que Ugarte o Blanco Fombona, definidos como “knaveish Latin Americans” parecen bastante bellacos e improvisados en su tarea más próxima a la de un activista que a la de un erudito. Son hombres blancos ricos que usaron su fortuna para viajar dando conferencias y crear editoriales de un credo anti panamericanista y anti norteamericano heredero de Rodó, y que acaso sentaron las bases para algunos sucesores modernos como Eduardo Galeano, Aníbal Quijano o Silvia Rivera Cusicanqui, que comparten ideas pero sobre todo posiciones con los intelectuales públicos de principios de siglo: hablan a las masas, dan clase fuera del aula, a través de periódicos, revistas, canales de YouTube, blogs o conferencias públicas; buscan crear consciencia y hacen política por fuera de la academia.

El último elemento en el que quiero detenerme está relacionado una vez más con Pedro Henríquez Ureña y tiene que ver con “América Latina”, término que el dominicano nunca empleó y observó con desconfianza durante toda su vida. Henríquez Ureña, del mismo modo que muchos de los sujetos abordados en el libro, no solo debió exiliarse de su Santo Domingo natal cuando su padre, presidente de la nación, fue derrocado por un golpe militar apoyado por los Estados Unidos, sino que nunca regresó a vivir en forma permanente en su país de origen. Se exilió y estudió en el país del norte, realizó su doctorado en Minnesota por recomendación de Ford, participó de la primera época de la revolución mexicana y desembarcó en la Argentina donde desarrolló la mayor parte de una carrera académica compleja, debido al racismo y el nacionalismo florecientes en la Argentina de los años 30, como en muchos otros lugares del mundo. Sin embargo, en esos años Henríquez Ureña viaja a Brasil, invitado por Alfonso Reyes, a la sazón embajador mexicano en Río de Janeiro. Allí probablemente lee a Gilberto Freyre y sus referencias tanto *Casa-grande & Senzala*, vale recordar que un libro revolucionario, censurado en Brasil y precursor en su atención por la cultura africana (además de haber sido parcialmente escrito en Stanford, donde Freyre fue



invitado, como lo sería Henríquez Ureña en 1942, a dictar un ciclo de conferencias no muy distintas que las que se dictaban en la Universidad Popular Alejandro Korn de La Plata o en el Colegio Libre de Estudios Superiores, donde Borges era habitual conferencista). *Las corrientes literarias en la América Hispánica* mantiene la desconfianza hacia la cultura de masas, pero hay un cambio significativo respecto de otros escritos anteriores del dominicano: la cultura popular, esa misma que ya se exhibía en el Fogg Museum de Harvard donde Henríquez Ureña pronunció sus conferencias y que es fuente de conocimiento para Freyre, al vindicar el legado afrobrasileño que él mismo conoció en el ingenio familiar, como parte constitutiva de la cultura nacional brasileña. No es un cambio menor para un hombre que reverenciaba a Matthew Arnold, cultivaba el amor por la cultura alta y la literatura española y provenía, como todos los intelectuales de la revista *Sur* donde colaboró, de las élites criollas latinoamericanas. Aunque Henríquez Ureña no emplee el término “América Latina” en sus últimos libros, fruto de ese viaje a Harvard (la *Historia de la Cultura en la América Hispánica*, otro manual publicado en español es el segundo), sí emplea el concepto: esos libros muestran piezas de arte indígena (cacharros diría Raúl Antelo), incluyen al mundo afrobrasileño el mapa cultural latinoamericano, escuchan la música popular y ven un poco más lejos que los muros de la ciudad letrada. En este sentido, Henríquez Ureña puede pensarse (tengo aquí un desacuerdo con el autor que nos ha acompañado en numerosas ocasiones en debates en Buenos Aires y congresos internacionales donde hemos coincidido) como un precursor genuino, y acaso a pesar suyo, del latinoamericanismo como discurso y archivo epistemológico.

*Vernacular Latin Americanisms* es sin duda un gran libro. Nos permitirá ampliar y enriquecer el conjunto de preguntas de los que se nutre nuestra disciplina. Pero es un libro que acaso también permite reconocer una transición personal y colectiva: la que muchos realizamos cuando cambiamos de país y empezamos nuestra carrera bajo las reglas y expectativas de un universo académico nacional que aunque parezca separado de la vida pública, acaso no lo esté tanto, y donde quizás sea posible reconocer el fin de la globalización que dejó tantas pestes y heridos detrás suyo, pero que también convirtió a la academia norteamericana en imán y destino para un sujeto cosmopolita transnacional, abierto y curioso por el más allá que tal vez haya empezado a extinguirse.